

quien tomó el mando de la división, y resolvió atacar inmediatamente. Al efecto, dispuso que la caballería marchase por el camino de su derecha que el era más descubierto, mientras él seguía por la izquierda al través de un espeso bosque con la infantería y una pieza de artillería, con el intento de dominar el paso. Pero ya Sánchez estaba con el grueso de su fuerza al sud del Bío-Bío, donde estableció una batería de tres cañones sostenida por una línea de infantería para proteger el pasaje de su retaguardia. Á la llegada de Alvarado, sólo algunas partidas rezagadas de infantería y un escuadrón de caballería quedaban en la orilla norte, que fueron rendidas á discreción, sableadas por los granaderos : el resto cruzaba el río á nado ó en lanchas y balsas, que fueron cañoneadas con acierto por el teniente Felix Olavarría con su única pieza, que echó á pique algunas de ellas, tomándose como 70 prisioneros y cinco cañones. El combate de artillería trabóse de orilla á orilla. El capitán Eustaquio Brueys, hijo del célebre almirante francés del mismo nombre, se lanzó al agua á caballo al frente de su compañía, pero al llegar á una isleta intermedia en que se habían refugiado algunos fugitivos fué mortalmente herido por una bala de cañón, como su padre en Aboukir, y sus soldados se retiraron salvándole moribundo.

Á fines de enero, el ejército expedicionario atravesó el Bío-Bío en balsas preparadas de antemano, que descendiendo la corriente del río Huaqui reuniéronse en el punto del combate, y se posesionó de la fortaleza de Nacimiento, donde se tomaron algunos dispersos y siete cañones. Sánchez, con su ejército en esqueleto, cruzó la Araucanía y se encerró definitivamente en la plaza de Valdivia. Balcarce dió por terminada la campaña, y retiróse á Santiago con las tropas argentinas y con la muerte latente en el corazón : el que alcanzó el primer laurel de la revolución argentina y el último de las campañas libertadoras de Chile, tenía sus días contados. Así terminó la

que se ha llamado la campaña final del sud de Chile, que mejor conducida pudo dar mejores resultados. No fué, empero, la última, pues la lucha á muerte de partidarios, indios y bandoleros se prolongaría por tres años más en aquel teatro de continuo guerrear desde la época de la conquista. Pero para los efectos de la independencia de Chile y de la América, la campaña estaba terminada, pues cuadraba el territorio que la república ocuparía por medio siglo más, y permitía disponer de los recursos del país pacificado para realizar la expedición libertadora del Perú, y esto es lo que buscaba San Martín. Lo que quedaba por hacer era una guerra de mera policía (4).

II

Hallábase San Martín de regreso en Chile, cuando recibió una carta de Pueyrredón, sobre una conjuración contra su vida : « De oficio le impongo del afortunado descubrimiento que » acabo de hacer de los asesinos mandados por don José » Miguel Carrera. Tres que iban destinados á concluir con V. » y con O'Higgins salieron de aquí hace nueve días, y tras » los que salió en toda diligencia una partida con la orden » de seguirlos hasta el mismo Mendoza, y de traérmelos vivos » ó muertos ». Al correo siguiente escribía otra : « Dije en mi » última había descubierto una nueva conspiración de José » Miguel Carrera contra la vida de V. y O'Higgins. La parti-

(4) Para relatar la campaña final del sud de Chile hemos consultado en los originales los partes oficiales de Balcarce, Alvarado y Freyre, algunos de ellos publicados : correspondencia oficial y confidencial de Balcarce con San Martín : correspondencia oficial de Freyre con San Martín : « Memoria » de Alvarado, y otros docum. inéditos en el Arch. general. (Arch. San Martín, vols. II, XXXVIII, XXXIX y XLVI. M. S. S. orig.).

» da que fué en seguimiento de los que iban en camino para
 » Chile, ha regresado trayéndolos. Se continúa la causa » (5).
 ¿Qué sucedía? Era una nueva complicación del destino fatal
 de Carrera en pugna con el de San Martín, como si estos dos
 nombres estuviesen predestinados á pasar á la historia vin-
 culados á conjuraciones tenebrosas, destierros, cárceles, ase-
 sinatos y cadalsos!

Refugiado José Miguel Carrera en Montevideo, después de
 fugar de su prisión, según se dijo antes (cap. XV, § III), ocu-
 pábese en conspirar contra el orden de cosas establecido en el
 Plata, sin renunciar á la ambición de reconquistar el poder
 en Chile, manteniendo una activa correspondencia con sus
 partidarios. Reunido con Alvear que perseguía análogos pro-
 pósitos, buscaron un acuerdo con los caudillos anárquicos de
 la Banda Oriental, Entre Ríos y Santa Fe, sublevados contra
 Buenos Aires, y daban pábulo á la guerra civil con las publi-
 caciones que hacían por medio de la imprenta traída de los
 Estados Unidos, establecida allí al amparo de la bandera por-
 tuguesa. La batalla de Maipu hubo de desarmarlo, haciéndole
 perder toda esperanza; pero la ejecución de sus hermanos
 en Mendoza, encendió de nuevo en su pecho las iras de la
 venganza, y fulminó públicamente con su firma la sentencia
 de muerte de los que consideraba sus asesinos: « ¿En dónde
 » están nuestros hermanos, nuestros compatriotas Juan José
 » y Luis Carrera? ¡Ya no existen! Perecieron con la muerte
 » de los traidores y de los malvados, víctimas de la tiranía
 » más detestable! Pueyrredón, San Martín y O'Higgins: ved
 » aquí sus bárbaros asesinos. Están decretados los destinos
 » de Chile: una provincia oscura de la capital del Río de la
 » Plata! ¿Los chilenos sucumbirán cobardes al despotismo de
 » tres asesinos? Que mueran los tiranos para que la patria

(5) Cartas de Pueyrredón á San Martín, de 24 de noviembre y 2 de di-
 ciembre de 1818. M. S. S. (Arch. San Martín, vol. XL.)

» sea libre é independiente! Ya no tiene Chile otros enemigos
 » que eso viles opresores ». Y en un manifiesto que publicó
 poco después, agregaba: « El ultraje hecho en la sangre de
 » los Carrera á la nación entera, agitará vuestra justa indig-
 » nación, y la familia y sus amigos que lloran hoy sobre sus
 » sepulcros, bendecirán un sacrificio que afirme para siem-
 » pre la independencia de la patria sobre las cenizas de sus
 » bárbaros opresores » (6). Confidencialmente escribía á su
 hermana doña Javiera: « Voy á moverme, á vengarte y á
 » vengarme » (7).

Poseído de estos tumultuosos sentimientos de ambición y
 de venganza pasaba Carrera las sombrías horas del destierro,
 cuando por este mismo tiempo entabló relación con un emi-
 grado francés, que le fué presentado por el mariscal Brayer,
 refugiado también allí. Llamábase Carlos Robert, oriundo de
 una familia distinguida de Bretaña, y se titulaba coronel,
 y había sido prefecto del departamento de la Nièvre durante
 la dominación napoleónica. Era un hombre de espíritu culti-
 vado, pero desequilibrado; de carácter inquieto, con ideas
 visionarias y escaso de dinero. Rivadavia que lo conoció en
 Europa, recomendólo al gobierno argentino, y en Buenos
 Aires publicó el primer periódico en lengua francesa, que
 sólo duro seis números. Mal avenido con su suerte y procu-
 rando mejorar de fortuna, unióse á algunos compatriotas para
 trasladarse al Brasil, y en Montevideo se encontró con Carre-
 ra, con quien simpatizó ardientemente. Los compañeros de

(6) « Á los habitantes libres de los pueblos de Chile », hoja suelta en
 fol. firmada por J. M. Carrera. « Aviso á los pueblos de Chile », ap. an-
 tes cit. que lleva la fecha de 21 de junio de 1818.

(7) Carta de Carrera de 31 de julio de 1818, cit. por Vicuña Mackenna
 en « Ost. de los Carrera », p. 178. — Informe del fiscal de Chile Hipó-
 lito Villegas de 27 de noviembre de 1818 sobre la correspondencia sor-
 prendida á Carrera, pub. en la « Gac. de Buenos Aires », núm. 102.
 véase « Gaceta de Buenos Aires » núm. 105.

Robert, franceses todos ellos, eran un Juan Lagresse, hombre reposado, que vino al Plata con el propósito de fundar una colonia agrícola; un ingeniero llamado Narciso Parchappe, que ha dejado su nombre vinculado á la geografía argentina; Agustín Dragumette, dueño de una goleta que traficaba en el río, y Marcos Mercher, antiguo oficial del ejército de Napoleón, á quienes se agregó un tal Young, que decía haber sido uno de los más señalados jefes de la resistencia después de Waterloo. Robert entró de lleno en los planes de Carrera, y éste, siempre dispuesto á esperarlo todo de las aventuras y creer en los aventureros, lo constituyó en su principal agente de conspiración en Buenos Aires y en Chile. Cuáles fueron esos planes, es un punto que faltan documentos para determinar; pero de los conocidos se deduce, que no podían ser otros que una revolución en Buenos Aires en combinación con los caudillos en guerra contra el gobierno argentino y un golpe de mano en Chile apoyados por sus partidarios. Aun cuando tal vez no se decidiese el asesinato de San Martín y O'Higgins, era evidente que su sacrificio no podía menos de entrar en ellos, siquiera como una probabilidad, dados los sentimientos de venganza públicamente manifestados de que estaba poseído el caudillo chileno.

Los cinco conspiradores reuniéronse en el mes de octubre en Buenos Aires. Robert hospedóse en la casa de doña Javiera, que se convirtió en foco de la conjuración. Robert, Mercher y Young, en compañía de un chileno llamado Mariano Vigil que regresaba á la patria después de catorce años de ausencia en Europa, partieron con destino á Chile en una tropa de carretas á mediados de noviembre: Lagresse quedó en Buenos Aires en calidad de agente para transmitir la correspondencia de acuerdo con doña Javiera, la que debía mantenerse entre Montevideo, Buenos Aires y Chile con claves convenidas y por emisarios seguros. Era otro sueño de mujer, sugerido por el espíritu revoltoso de un ambicioso liviano, y

servido por visionarios, que como el de 1817 debía empujar fatalmente nuevas víctimas al cadalso.

La conjuración fué denunciada por uno que estaba en el secreto por confidencias de Robert, el que le había manifestado que el plan era asesinar á O'Higgins y San Martín. Envióse una partida en persecución de los expedicionarios á Chile, la que les dió alcance á pocas jornadas del camino: Young se resistió, y fué muerto de un pistoletazo por el oficial que la mandaba, según la orden que llevaba. Procedióse en seguida á sorprender la correspondencia, y encontráronse en poder de Dragumette seis claves y nueve cartas de doña Javiera, Robert, Lagresse y otros oficiales, dirigidas todas á Carrera. Robert escribía: « Cien hombres se apoderarían en » una noche de la fortaleza (de Buenos Aires). Si llegamos á » Chile, nuestro encargo será fácil y el resultado pronto. » No se trata sino de deshacerse de dos hombres: cuando se » está decidido la cosa no es difícil. Creo, pues, asegurar que » muy pronto será V. dueño de sus enemigos y nosotros ha- » bremos probado nuestro celo y nuestra adhesión de la ma- » nera menos equívoca ». Con estos elementos empezó á instruirse el proceso. Parchappe y Dragumette fueron considerados como intermediarios inofensivos: Mercher como un auxiliar impremeditado, y Vigil como un compañero casual de viaje de los dos principales conspiradores. Robert y Lagresse, fueron sometidos al juicio de una comisión militar, que con arreglo á una ley del congreso debía entender en todas las causas de conspiración.

Los dos reos, reconocieron sus cartas; pero negaron que su intento fuese perpetrar un asesinato. Lagresse observó respetuosamente, que siendo extranjero y particular, extrañaba ser enjuiciado por una comisión militar y no por un tribunal civil; que en cuanto al delito de conspiración, podría cuando más acusársele en rigor de ley de complicidad en un plan en que no tomara participación directa; y en cuanto al crimen

de asesinato, no podía cometerlo á 400 leguas de distancia, habiéndose quedado en Buenos Aires. Robert invocó los antecedentes honrosos de su carrera; que de su carta no podía deducirse prueba alguna de hecho existente ó de un comienzo de ejecución; que ante una nación que proclamaba la libertad no podía imputársele á delito el pensamiento, tratándose de opiniones políticas, que podían ser cuando más un error; que no creía que el gobierno argentino quisiera encargarse del oficio de ejecutor de las leyes de países vecinos, pues Chile no había sido declarado provincia argentina; terminando por declarar, que al encargarse gustoso de dar cuenta á Carrera del estado de Chile, era porque su situación le había inspirado la más tierna simpatía, y que si era un crimen ser amigo de un desgraciado, se confesaba culpado, y se resignaba á la sentencia en la esperanza que la generación presente y la posteridad serían los jueces de su causa, excusando generosamente á su compañero Lagresse.

El fiscal pidió contra ambos reos la pena capital. El defensor imploró la equidad del tribunal en favor de ellos, como extranjeros proscriptos y refugiados en el territorio, exponiendo, que si bien los crímenes de que estaban acusados eran graves, el proceso no arrojaba sino meros indicios, compensables con la larga prisión y la muerte de Young que resultaba inocente; y que por lo tanto, era del honor del gobierno perdonar, y pidió el indulto. El tribunal y el gobierno se mostraron inexorables, y fueron condenados á la pena de horca que se conmutó en fusilamiento, sin más prueba que la carta de Robert, pues el testimonio del denunciante no se hizo público en el juicio aunque figuró anónimo en el proceso. Antes de salir al suplicio escribieron despidiéndose de sus familias (Robert escribió á su madre), protestando que morían inocentes; pidieron comer juntos, y brindaron por la libertad universal. Murieron con entereza el día 3 de abril de 1819 en la plaza del Retiro á las 10 de la maña-

na (8). Fué otra mancha de sangre como la de los hermanos Carrera en Mendoza, pues aun probadas las acusaciones, no pasaban de meros conatos y conatos vagos de dos visionarios, que no conocían ni el país ni sus hombres.

Carrera desde Montevideo protestó tibiamente y con argumentos de casuista contra su participación en un complot que calificó de desatinado, haciendo notar con razón, que « los miserables franceses, — como él los llama, — habían sido asesinados con barbaridad inaudita por un *tal vez*, y por unas cartas que, escritas á otro que no se llamase José Miguel Carrera, habrían sido despreciadas, extrañando cuando más á sus autores como enemigos del partido del gobierno » (9). Sean cuales fuesen sus sentimientos respecto de O'Higgins y San Martín y las fulminaciones públicas y privadas contra ellos, del proceso no resulta en realidad ni una tentativa de asesinato, por más que el anhelo de la venganza se anidase en su corazón y pueda suponerse que la muerte de sus dos enemigos le sería grata.

III

Como corrientes opuestas y superpuestas, visibles unas y ocultas otras, simultáneamente con estos acontecimientos empezáronse á sentir secretamente á fines de 1818 y principios de 1819, los síntomas de una desinteligencia profunda

(8) « Resumen documentado de la causa criminal seguida y sentenciada contra los reos Robert, J. Lagresse, A. Dragumette, N. Parchappe y M. Mercher, por delito de conspiración contra las supremas autoridades de las Provincias Unidas y de Chile. » Buenos Aires, 1819, op. de 30 págs.

(9) « Segunda carta del ciudadano José Miguel Carrera á uno de sus corresponsales en Chile. » Op. pub. en Montevideo en la imprenta federal de Carrera, por William P. Griswold y John Sharpe.